

rallas de la ciudad, coja y todo como soy (1).» En Moulins se encontraba gravemente enferma en la cama la Madre de Brechard, cuando recibió una carta de la santa Madre, en que decía le enviase cuatro religiosas, que designaba, y que eran precisamente las Hermanas con quienes contaba para que la reemplazasen durante su enfermedad. Sin embargo, la Madre de Brechard no titubeó un instante. «Mirad—decía,—si nuestra Madre me escribiese que la enviara uno de mis ojos ó uno de mis brazos, me arrancaría uno y me haría cortar el otro para manifestarle mi humilde obediencia (2).» En vano se reunió una junta de médicos, en la que todos opinaron que si la Madre de Chatel salía de Grenoble, corría el riesgo de perder un ojo á causa de una inflamación que tenía en la vista. «¡Oh! poco importa—dijo ella riéndose—no tener más que un ojo, pero importa mucho obedecer», y se puso en camino (3). De viaje para Cremieux, adonde la enviaba la Madre de Chantal, la Madre Adriana Fichet cae del caballo, se hace una herida, y queda dos horas sin sentido en medio de la nieve en las montañas. Quieren que vuelva atrás, y le aseguran que su vida peligrará si sigue adelante. «¡Oh!—dice—la obediencia lo ha mandado; andemos», y con fatigas inauditas llega á Cremieux el día señalado por la Madre de Chantal (4). Pero todas estas palabras valen menos que las que pronunció un día la Madre de Blonay. La criticaban porque había dejado se llevasen el cuerpo de San Francisco de Sales á su ciudad de Annecy. «¡Ay!—contestó—no solamente hubiera dejado el cuerpo de mi santo Fundador á la voz de mi digna Madre, sino que me hubiera dejado despojar del cuerpo vivo de mi Señor Jesucristo si le hubiera tenido

(1) *Vida de algunas Superiores*, pág. 165.

(2) *Vidas de las primeras Madres*, pág. 214.

(3) *Fundación inédita de Grenoble*.

(4) *Fundación inédita de Cremieux*.

en mi poder (1).» De esta manera se entendía y practicaba la obediencia en la Visitación.

El siguiente hecho, que ocurrió en 1647, después de los referidos, no es menos admirable que éstos. Un día que la comunidad de Annecy estaba en el locutorio con el Sr. Abate Olier, fundador del Seminario de San Sulpicio, queriendo la Superiora que juzgase por sí mismo de la perfecta obediencia de la Hermana Ana María Rosset, la hizo ir junto á la reja y le mandó cantar. Aunque esta venerable Madre era muy anciana y tenía la voz más desagradable del mundo, obedeció sin la menor réplica y continuó cantando hasta que su Superiora la mandó cesar. «Cincuenta milagros—decía el Sr. de Olier, que lo entendía—no me hubieran convenido tanto de la virtud de esta religiosa, como este acto de heroica sumisión (2).»

La santa Madre de Chantal se conmovía de gozo al ver practicar en sus monasterios una obediencia tan perfecta. Dios nos ha hecho la gracia de doblegar tan perfectamente á las novicias que tenemos aquí, que si las quisiera sobre las nubes, se subirían, y si las deseara en el fondo de la tierra, se hundirían y lo mismo nuestras profesas. Por lo cual las califico de buenas religiosas, y miro á nuestras Hermanas de Annecy como á otros tantos tesoros (3).»

Quando se tiene tan poco apego á la propia voluntad ¿á qué sería posible apegarse? Así se veía brillar en todas las Hermanas un desasimiento absoluto de todas las cosas humanas. La pobreza era extremada en estos primeros tiempos del Instituto, muchas veces faltaban las cosas más necesarias á la vida, pero nada era bastante para alterar la santa alegría de las Herma-

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, pág. 31.

(2) *Vida de algunas Superiores*, pág. 31.

(3) Carta de Santa Juana Francisca Fremiot., edición Migne, página 1237.

nas. Todas querían los hábitos más viejos, los restos de la comida, ambicionando pasarse sin comer para que las demás no conociesen el hambre. Nada, por último, era capaz de disminuir su imperturbable confianza en Dios y su divina providencia. Todo, en efecto, lo habían dejado por Dios y á este Señor tocaba mantenerlas; así raciocinaban, y de hecho las mantenía Dios con su delicadeza encantadora (1).

Un día se encontró el monasterio de Orleans sin trigo y sin dinero, y la Hermana provisorá fué á decirlo á la Madre de la Roche, que era la Superiora. «Hija mía—dijo la Madre,—echad vuestra bendición al poco trigo que aún queda, y esperad en Dios.» La Hermana titubeó en hacerlo, y acusándola la conciencia, dijo al día siguiente su culpa en el refectorio. «Hija mía—contestó la Superiora,—la comunidad hará lo que vos habéis dejado de hacer.» Y levantándose fué al granero seguida de todas las Hermanas, y después de orar largo rato, las mandó que todas á una echasen su bendición. Desde entonces el montoncito de trigo no se disminuyó, aunque todos los días se gastaba de él (2).

Otra Superiora iba una vez apresurada al arca del convento para sacar cierta suma para una necesidad urgente. No encontró sino un miserable sueldo, y sonriéndose las Hermanas al ver esto, la preguntaron alegremente si el ángel Rafael no completaría la suma. La Madre, sin turbarse, levantó los ojos al cielo como para despertar á la amable providencia, según la ex-

(1) Debo recordar que los hechos siguientes se encuentran en obras contemporáneas, compuestas sobre las notas dadas por los mismos monasterios, todo revisado y corregido por la misma Madre de Chantal, que era demasiado santa y de un espíritu muy elevado para tolerar la relación de hechos supuestos. Por otra parte, muchos de estos hechos no son, propiamente hablando, milagros, es decir, una derogación de las leyes de la naturaleza; son *felices casualidades*, en las cuales las miradas cristianas ven claramente *la mano de Dios*.

(2) *Vidas de las primeras Madres*, tomo I, pág. 463.

presión de las antiguas *Memorias*. En este momento llamaron á la puerta; era un sujeto que traía cien luises de oro. «Hijas de poca fe—dijo entonces la Superiora,—¿os convenceréis al fin de la fidelidad con que cumple Dios sus promesas? (1)»

Estas escenas encantadoras se renovaban sin cesar. En Cremieux no tenían un día las Hermanas nada que comer; de pronto tocan la campana del convento, y una buena mujer lleva en su delantal un hermoso pan muy blanco para cada una de las Hermanas (2). En Nevers tenían las Hermanas una casa muy estrecha y deseaban un jardincito, pero no querían vendérselo. La Superiora las hizo poner de tres en tres en oración, protestando que no se levantarían hasta que Dios las hubiese escuchado. Antes de concluir la novena llamaron á la puerta del convento, y era el propietario del jardín, que venía á decir que se lo comprasen (3). En Moulins era tan grande la pobreza, que ni aun pan llegaron á tener en cierto día. La Madre de Chastelluz, sin desconcertarse, hizo poner á las Hermanas en oración, y no habían concluido todavía cuando llevaron al monasterio una suma considerable de parte de un señor de una provincia lejana, cuyo nombre no habían oído pronunciar jamás (4). Por último, en Annecy, cuando la Madre de Blonay hacía construir la iglesia, un día que no tenía dinero, fueron á decirle que un pobre campesino cojo y jorobado quería hablarla. «Yo me llamo Francisco Esseve—dijo;—en medio de los bosques he sabido que edificáis una iglesia en donde descansará siempre mi bienaventurado patrón, Francisco de Sales, que me confirmó cuando hacía su visita en Chablais, de donde yo soy, y vengo á traeros mi limos-

(1) *Los siervos de Dios*, por León Aubineau, pág. 311.

(2) *Fundación inédita* de Cremieux.

(3) *Idem id.* de Nevers.

(4) *Vidas de algunas Superioras*, pág. 259.

na.» Y poniéndose de rodillas le dió diez cuartos de escudo, diciendo había reunido esta suma cogiendo benjuí en los árboles, y que dándosela á la Iglesia, no se reservaba más cuidado que el mendigar después toda su vida; que cuando estuviese enfermo y no pudiera hacer nada, habría bastantes personas que le asistirían, y que por otra parte tenía un buen amigo. «Todo el mundo—continuó—recibe beneficios de su bondad, y pocos le conocen: se llama Jesucristo. El que confie en Él y posea su amistad, de nada necesitará y nada le faltará. Juega á un juego de amor con las almas, y aunque de nada necesita, quiere no obstante ganar con ellas, y desea le hagan regalos, pero de todos ellos el principal es nuestro corazón, y éste es el que le agrada y acepta siempre (1).»

Esta intervención de la providencia se manifestaba en las cosas más pequeñas. La Madre de Chantal estaba un día encargada de hacer un caldo para un enfermo: «¡Ay Dios mío!—exclamó:—este pobre tendrá que esperar mucho, porque el fuego está apagado y no sé adonde ir por él.» En el mismo momento se encendió por sí solo. La Madre de Chatel, conmovida, se puso de rodillas, y con aquel ingenuo modo de hablar que le era propio, dijo: «Verdaderamente, Señor, yo sabía muy bien que estabais aquí, pero no sabía que era para convertirnos en pinche de cocina.» Y le pareció oír á Nuestro Señor que le respondía: «En el cielo sirvo á los bienaventurados á mi mesa, y quiero servir en la cocina á los que me aman sobre la tierra (2).»

Cuanto más atenta se mostraba la providencia en socorrer á las Hijas de la Madre de Chantal en su pobreza, más querida era esta virtud en los monasterios de la Visitación, y más se aplicaban las Hermanas á

(1) *Vida de la Madre de Blonay*, pág. 204.
(2) *Las primeras Madres*, tomo I, pág. 310.

ejercitarse en ella. Los monasterios poseían muy poco, y aun esto poco estaban siempre prontas á cederlo las primeras Madres por no tener pleitos con nadie. Hemos visto á San Francisco de Sales devolver todos los bienes de la señora de Bonivars, porque los herederos de ésta disputaban la propiedad al Monasterio de Annecy. «¡No quiera Dios—decía el Santo Obispo—que mis palomitas vayan á disputar con las hormigas económicas del mundo!» A su ejemplo, la Madre de Chantal no quiso aceptar jamás un legado importante que le habían dejado para la fundación de Moulins, porque hubiera sido menester pleitear para poseerlo (1). Lo mismo sucedió á la Madre Favre (2) y á la Madre de Monthouz (3), que prefirieron devolver sumas considerables á tener un pleito. Se podrían citar veinte ejemplos semejantes.

Las mortificaciones y los sacrificios se unían á la obediencia y la pobreza, para acabar de destruir la vida natural en el alma de las Hijas de la Madre de Chantal. Cierto, en la Visitación no se practicaban las espantosas austeridades que constituían y constituyen aun hoy día la gloria del Carmelo. Las reglas y el fin del Instituto no lo hubiesen permitido; pero en él se vivía de sacrificios, practicando la gran máxima de *nada pedir y nada rehusar* del modo más heroico, quebrando mejor la naturaleza que con todos los cilicios y disciplinas. En Lyon, la buena Hermana María Trunel cayó de una escalera, y habiéndose magullado dolorosamente, continuó sus ejercicios sin decir una sola palabra, hasta que viendo la Madre de Chantal que cojeaba y parecía sufrir mucho, la mandó dijese lo que tenía. «¡Ay!—contestó—es que esta pesada bestia se ha dejado caer al subir las escaleras, y se ha hecho un poco daño en las costillas.» La reconocieron y tenía tres de

(1) *Fundación inédita de Annecy*.
(2) *Fundación de Moulins*.
(3) *Fundación inédita de Bour-en-Bresse*.

ellas rotas (1). Durante el espacio de cinco años, la Madre de Martignat, que había sido tan elegante y aplaudida en el mundo, se acostaba en un desván, en el que entraba el viento por todas partes, y por cuyas tejas desunidas pasaba la nieve, la lluvia, y los rayos abrasadores del sol; y cuando las Hermanas le decían que debía abrasarse en verano y helarse en el invierno, respondía riéndose: «No, no hay reina en el mundo que se encuentre tan bien en su palacio como yo en mi rincón.» No se hubieran sabido nunca las mortificaciones que practicaba en esta celda, si la Hermana Provisora, que entró en ella un día de invierno, no hubiera encontrado colgando del techo, encima de la cama de la Madre de Martignat, «grandes témpanos de hielo, que fué á enseñar á la Madre de Chantal (2).»

Nada arredraba á estas almas generosas, y las menos conocidas entre ellas ejecutaron actos de heroísmo iguales á los practicados por los Santos. Peinando un día la Hermana Gabriela Bally á un pobre niño, que tenía la cabeza llena de sarna y piojos, sintió que se le revolvió el estómago; pero acordándose en el mismo instante que la perfección consiste en vencer á la naturaleza rebelde: «¡Oh Jesús mío!—dijo—yo enseñaré á esta perversa naturaleza á no horrorizarse de la cabeza de este pobre niño.» Y recogiendo en su mano cuantos insectos pudo: «¡Oh carne incorregible!—dijo—es menester que tragues estos animalejos como si fueran anís confitado.» Y al instante, ¡cosa que estremece solo el pensarlo! los tragó generosamente (3).

Cuando las almas están tan muertas á sí mismas, ¿cómo no las había de poseer el amor divino? Así es que vivían con Dios en una unión y familiaridad admira-

(1) *Vida de la Hermana María Trunel* (en el mundo la señora de Auxerre), manuscrito en 4.º, pág. 18.

(2) *Las primeras Madres*, tomo II, pág. 185.

(3) *Id.*, *id.*, pág. 131.

bles. Hemos oído ya á la Madre de Chantal afirmar que casi todas gozaban de la oración de quietud. Muchas recibían gracias aún más preciosas, y los éxtasis y los raptos eran entonces muy frecuentes. La buena Hermana Tornera, Jacobina Coste, tenía el don de lágrimas. No podía ponerse en la presencia del Santísimo Sacramento sin que corriese á mares, en términos que la Madre de Chatel, que se escondía para verla mejor, se quedaba admirada y santamente celosa (1). La joven Hermana María Amada de Sabutín parecía no conocer sino uno solo de los misterios del cristianismo, á saber: ese espíritu de sacrificio y de inmolación que consumía el alma de Jesucristo víctima. Estaba tan íntimamente penetrada de esto, que en cuanto se ponía á pensar en ello, su rostro se tornaba resplandeciente. Suspiraba día y noche y se consumía con el deseo de ser también una hostia viva. Un día en que este atractivo era más fuerte que de ordinario, se puso de rodillas y se ofreció á Dios para ser víctima de su justicia irritada; pero tantos dolores y tantas enfermedades cayeron sobre ella, que sin arrepentirse de su ofrenda, y aun no atreviéndose á creer en su humildad que hubiese sido escuchada, aconsejaba á las Hermanas jóvenes que no hicieran semejantes peticiones, y se abandonasen pura y sencillamente al beneplácito de Dios (2).

La Madre Francisca de la Flechere estaba aún más entregada al santo amor. No soñaba más que abyección é ignominias. Un año, durante sus ejercicios, se ofreció á Jesucristo para participar con Él de la locura de la cruz, y pasar como una insensata en la estimación de las criaturas. Lo grande de los sacrificios de esta joven Hermana entusiasmaba hasta á la misma Madre de Chantal. «Dejad á la Hermana Francisca que

(1) *Las primeras Madres*, tomo II, pág. 369.

(2) *Vidas de algunas Superiores*, pág. 321.

vaya por donde Dios la lleva, porque os aseguro que anda con el furor del amor; no digo sólo con el simple furor del amor—añadía la Santa insistiendo sobre estas palabras,—sino con la vehemencia y furor del santo amor» (1).

Durante los primeros ejercicios que la Madre Ana María Rosset hizo antes de entrar en el noviciado, San Francisco de Sales, que la confesaba, habiéndole dicho después de darle la absolución: «Y bien, hija mía, ¿no es verdad que deseamos soberanamente el amar á Dios?» Se quedó tan repentinamente penetrada de la deliciosa idea del amor infinito, que le fué imposible responder una palabra. El bienaventurado Obispo, conociendo estaba en éxtasis, hizo llamar á las Hermanas, las cuales encontraron á esta feliz enferma sin palabra, sin pulso, y sin uso ninguno de sus sentidos. «Llevadla á su celda—dijo el Santo Obispo—y dejadla en silencio, para que el espíritu de Dios concluya su obra, pero tened cuidado de lo que diga cuando vuelva en sí.» Se le obedeció fielmente, y las primeras palabras de aquella santa joven fueron éstas: «¡Ah, si; yo amo á Dios! ¿Habrà en el cielo, en la tierra, ni en los infiernos alguna criatura que lo pueda dudar?» Desde entonces su vida no fué más que una perpetua elevación de su alma á Dios, una serie de éxtasis, de raptos, de profecías, que todas tenían por piedra de toque la más profunda humildad, y por garantía la más perfecta obediencia (2).

Cuando la Madre de Brechard salía de haber comulgado, caía en un desmayo casi completo, por efecto del amor que la consumía. Muchas veces, durante la Misa, estaba arrebatada en éxtasis. La primera vez que le sucedió esta felicidad, no queriendo que se conocie-

(1) *Vida de algunas Superiores*, pág. 370.

(2) *Idem*, pág. 19.

se el estado á que el amor la había reducido, hizo un violento esfuerzo para levantarse, pero no pudo sostenerse.

Las Hermanas la echaron en una cama, y creyendo que era un desmayo natural, la preparaban algunas medicinas para aliviarla. Felizmente vino la Madre de Chatel, y haciéndoles observar el rostro resplandeciente de la Madre de Brechard: «¡Oh y qué buena enfermedad!—les dijo.—¡No penséis en curarla! ¡Ojalá sea de todo punto incurable!» Y haciéndolas salir, dejó á esta amada Hermana gozar en paz de Nuestro Señor (1).

La Madre de Chatel no recibía menos favores. Su don especial era una admirable familiaridad con Dios. Hablaba sin cesar con Él, como con el amigo más tierno; y aunque la dulzura era el carácter de las caricias que recibía, tal era, no obstante, algunas veces la impetuosa del santo amor sobre ella, que aun en el rigor del invierno se veía precisada, para templar el ardor de esta llama, á tener abierta su ventana (2). «Hija mía—le decía la Madre de Chantal,—aprovechaos bien de la presencia de vuestro Esposo, porque vendrá día en que le buscaréis y no le encontraréis. — ¡Qué! respondía la Madre de Chatel,—¿qué es esto? ¿Buscaría yo á mi Dios y no le encontraría? Ciertamente que sí otra que no fuese nuestra Madre me hubiese dicho una cosa semejante, no creería ni una sola palabra.» Preciso fué creerlo, cuando á las caricias del santo amor sucedieron de repente las tinieblas, las sequedades, en fin, un abandono completo en apariencia; la Madre de Chatel no sabía qué hacerse. «¡Oh Santísima Virgen!—decía un día con su familiaridad y candor ordinario,—permitidme que os diga que si vuestro Amado os hubiese

(1) *Vida de las primeras Madres*, t. I, pág. 170.

(2) *Idem*, id., pág. 400.